

ROBERTO BOLAÑO, ESCRITOR

El chileno

de la calle del Loro

La crítica española ha quedado boquiabierta con sus novelas y cuentos. Para saber más de Roberto Bolaño, que ahora viene por primera vez a Chile después de muchos años, le encargamos a Elsa Fernández Santos, periodista de el diario *El País*, que lo fuera a entrevistar. Aquí va su relato.

Roberto Bolaño escribe en una habitación vacía. En las paredes sólo distrae la mirada el recorte de un periódico catalán con la noticia de una batalla empresarial entre compañías funerarias (“material para mi nueva novela”), un mapa callejero de Ciudad de México (“lo necesitaba para la novela que acabo de terminar y para unos cuentos que preparo”) y varias cartas de un admirador suyo, un vecino de Blanes, el balneario donde el escritor chileno vive, en la calle del Loro, desde hace 12 años.

En su dormitorio, ni cuadros ni fotos, y en el pasillo, libros. Bolaño (Santiago de Chile, 1953) asegura que despierta cada día a las seis de la mañana (“a veces incluso antes”) para escribir: “Enciendo el computador, que es una antigualla y mientras aparece el programa, me da tiempo para lavarme y prepararme una manzanilla con miel, mi única bebida. Escribo toda la mañana y luego hago un descanso para recoger a mi hijo en el colegio. La tarde la empleo en corregir lo que he escrito por la mañana”.

Nada parece alterar los hábitos de trabajo de este escritor de pelo negro y rizado, que tiene unos ojos que no son verdes pero que lo parecen y en cuyo rostro toda-

vía se adivinan los gestos del joven “insoportable y malo” que dice haber sido. Desde hace 16 años, Bolaño comparte su vida —aunque no el departamento— con Carolina, una catalana guapa y sonriente que trabaja en los servicios sociales de la administración pública y con la que tiene un hijo, Lautaro, de ocho años. Junto a ellos dos —que viven en una casa vecina—, el escritor ha encontrado en la turística localidad de Blanes —cuya población pasa, en verano, de 20 mil a 175 mil habitantes—, la calma que necesita para crear su mundo novelesco. Un mundo poblado de escritores y escritorzuolos, de destinos calamitosos o extravagantes, de hombres y de mujeres tocados por la soledad, por el fracaso, por el exilio.

Como de un artículo escrito por uno de sus personajes —el siniestro Wieder, protagonista de *Estrella distante*—, de los cuentos y novelas de Bolaño se puede decir que tratan “sobre el humor, sobre el sentido del ridículo, sobre los chistes cruentos e incruentos de la vida literaria —todos atroces—, sobre el grotesco privado y público, sobre lo risible, sobre la desmesura inútil”. En varios de ellos asoma un tal Arturo Belano, oscuro álgar ego del escritor, que también aparece en su próxima novela, *Los detectives salvajes*.

“Cuando se vive a tope no te interesa escribir, sino sobrevivir”, dice Bolaño recordando cómo en 1973, la última vez que estuvo en Chile, todo lo que hizo fue intentar un único poema: “Era sobre David Bowie y Nueva York. Lo escribí mientras estuve detenido y era un poema muy malo pero mejor que todo lo que hacía por aquella época que era horrible. Durante ese período sólo me ocurrieron dos cosas: el poema de Bowie y leer, también estando preso, un reportaje sobre la casa de campo de Dylan Thomas, en

Gales. Me impresionó porque jamás pensé que Dylan Thomas tuviera una casa tan increíble y lujosa”.

Bolaño salió de Chile durante el verano de ese mismo año empujado por la voluntad de su madre. Desde entonces no ha vuelto ni ha mantenido contacto directo con un país que sin embargo tiene una presencia constante en su literatura. Pero se apresura a decir: “Carezco del sentimiento de nostalgia. Echo tanto de menos Chile como Inglaterra o Noruega. Sólo siento nostalgia por los lugares en los que nunca estaré”.

Sobre los últimos días que pasó en la ciudad de Santiago, el escritor publicó un artículo titulado *¿Quién es el valiente?*, en el cual recrea sus solitarios paseos por las librerías durante los meses que siguieron al golpe militar: “Me dediqué a recorrer librerías como una forma barata de conjurar el tiempo y la locura... De mis visitas a aquellas librerías recuerdo sobre todo los ojos de los libreros, ojos que a veces parecían los de un ahorcado y que a veces estaban velados por una tela como de legañas y que ahora sé que es otra cosa. No recuerdo, además, haber visto nunca librerías tan solitarias”.

Chistes privados

A pesar de que Bolaño tiene publicados cinco libros de poesía y seis de narrativa (*Consejo de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce*, 1984; *La pista de hielo*, 1993; *La senda de los elefantes*, 1994; *La literatura nazi en América*, 1996; *Estrella distante*, 1996 y finalmente la colección de cuentos *Llamadas telefónicas*, en 1997) sus obras han llegado como de hurtadillas a las librerías de su país natal. Los que lo han descubierto han podido constatar que nada tiene que ver con la llamada nueva narrativa chilena y

La crítica del diario español *El País*, saludó a Bolaño como a un “escritor excepcional” y describió su libro de cuentos *Llamadas telefónicas* (Anagrama) como “un puñado de piezas a menudo magistrales en las que con gravedad y humor a la vez, con la complicidad de una cultura descreída pero en absoluto resignada, las diversas tonalidades de un talento múltiple suman un acorde decididamente seductor”. A Chile las novelas de este autor fueron llegando a las librerías sin hacer ruido. Primero fue *La literatura nazi en América* (Seix Barral), una novela que pasó casi desapercibida, aunque alertó a algunos lectores consuetudinarios, y luego *Estrella distante* (Anagrama) que dejó impresionados a otros cuantos buscadores de novedades editoriales. En julio pasado a Bolaño le fue otorgado por unanimidad el Premio Municipal y aceptó participar como jurado en el Concurso de Cuentos de Revista PAULA cuyos resultados se darán a conocer en noviembre.

CARRER
del LLORO

"Carezco del sentimiento de nostalgia. Echo tanto de menos Chile como Inglaterra o Noruega. Sólo siento nostalgia por los lugares en los que nunca estaré", dice el autor de *Estrella distante*.



algunos han sabido que se trata de un autor que vive al margen de cualquier círculo literario, a pesar de que en España, donde vive desde hace 20 años, sus tres últimos libros han cosechado comentarios muy elogiosos: se le considera como uno de los escritores actuales más interesantes de lengua castellana.

El acento de Bolaño es una curiosa mezcla de tonos y expresiones, juega a imitar el acento chileno pero afirma, a punto de ponerse serio: "Soy ciudadano del planeta, nada más. En Chile no me consideran un escritor chileno, ni en España un autor español. Tampoco en

México —donde viví muchos años, y encapecé incluso un grupo de poesía—, me consideran un escritor mexicano. Así que nadie espere nunca de mí una dedicación especial a ninguna literatura nacional, concepto que para mí no significa absolutamente nada. La literatura es muy triste, muy cómica, muy patética, y lo mejor que se puede esperar de ella —dentro de lo patético que es este oficio— es pasar de la manera más decorosa posible. Aunque hoy creo que existe una literatura en castellano —no chilena o española— que empieza a decir otras cosas". En esta línea el escritor apunta al argentino César

Transcurre entre 1976 y 1996 y el punto de partida ha sido la rememoración de mi amistad con Mario Santiago, uno de los grandes poetas mexicanos de este siglo. Aunque era unos meses menor que yo, murió hace poco. Era un poeta excepcional, un hombre que sólo escribía poesía".

Bolaño añade que *Los detectives salvajes* es una novela muy larga "pero muy legible; las cosas ilegibles me gusta que sean cortas. Todas mis novelas forman un todo y los personajes vuelven y se conectan; yo juego con ellos porque el trabajo de escribir es tan aburrido que si no juegas te mueres. Mis libros están llenos de



"Si yo tuviera dinero no volvería a escribir: en serio. No es ser modesto sino realista. ¿Para qué escribir si ya existen Dante, Shakespeare o Cervantes? Sólo me salva el hecho de que, afortunadamente, hay muchos escritores peores que yo", afirma Bolaño.

Aira, al mexicano Juan Villoro, al español Enrique Vila-Matas, al cubano Abilio Estévez o al guatemalteco Rodrigo Rey Rosa como prueba de que hay toda una promoción de escritores cuyas obras y formas de narrar le parecen auspiciosas.

Escribir su nueva novela, *Los detectives salvajes*, le ha llevado un año y dos meses. "Pero en realidad he tardado 20 años, que han sido de maduración.

chistes privados, para divertirme yo".

Cuando repasa su vida Bolaño recuerda que ha sido de todo: "No existe trabajo que no haya hecho. He cargado barcos, he sido camarero, recepcionista, basurero, guarda nocturno de un camping, hasta mayordomo". Todo para ser hoy un escritor disciplinado, convencido de que lo más importante para escribir es tener paciencia, "mucho paciencia". "Porque

todos los trabajos son muy aburridos, y escribir es de lo más aburrido. Si yo tuviera dinero no volvería a escribir: en serio. No es ser modesto sino realista. ¿Para qué escribir si ya existen Dante, Shakespeare o Cervantes? Sólo me salva el hecho de que, afortunadamente, hay muchos escritores peores que yo. Porque hay escritores muy pero muy malos” —insiste riéndose—, “que se ganan la vida mucho mejor que yo”.

“Bueno, en realidad lo que yo no volvería a escribir es prosa”, matiza. “La poesía es otro asunto. Por el momento está de vacaciones. La poesía y la literatura en general son una cuestión de formas y mi forma poética, por el momento está más que agotada. Ahora tengo demasiado trabajo, un libro de cuentos y una novela a medio hacer. No tengo tiempo pero sé que volveré a ella”.

Golpe de realidad

Fue en sus primeros años en México cuando Bolaño decidió que quería ser escritor. “En aquella época escribí mucho, poesía y sobre todo mucho teatro; páginas y páginas malísimas, malísimas. Si queda algo de aquello estará en la casa de mi padre en México, aunque espero que todo esté destruido. Llegué a los 15 años a México y fue alucinante. Precisamente ayer recordaba algunos paseos que di entonces por la ciudad y me embargó un sentimiento de desolación total. No sé si ocurre en otras ciudades, pero el DF es totalmente autosuficiente, no necesitas salir de ahí. Pasé años sin ir al mar, sin la necesidad de ir al mar porque todo lo daba DF. Estudié un tiempo y luego dejé de estudiar porque quería ser escritor”.

¿Es que para escribir hay que dejar de estudiar?: “¡No! Si mi hijo me dice una cosa así, lo mato”, contesta Bolaño señalando la habitación de su hijo que juega en su computador —“mucho mejor que el mío”—, a complicados juegos de civilizaciones pasadas y futuras. “Si le dejamos ahí, ni come ni duerme. Está obsesionado”, explica el escritor y se detiene a explicar en detalle el juego que tiene atrapado a su vástago: “Bueno, es que yo también me he pasado días enteros jugando”, reconoce.

“Con 16 años me puse a trabajar”, continúa, “aunque mis padres, típicos padres de la pequeña burguesía chilena, siempre

me dieron todo lo que podían y más. Por eso mis trabajos siempre fueron salidas de tono, como vender vírgenes. Recorrí los peores barrios del DF vendiendo vírgenes de Guadalupe que eran lámparas, y también figurillas de San Martín de Porres, que era mi favorito porque en aquella época lo habían desantificado; había descendido a simple beato y yo lo vendía a las viejecitas mexicanas diciéndoles que ya no era santo y que por lo tanto había que apoyarlo”.

En 1973 Bolaño regresó por un corto período a Chile y, para describir ese episodio, repite una y otra vez la palabra “alucinante”. También y en relación a lo mismo, cita la película *Apocalypse now*, de Francis Ford Coppola. Resulta que Bolaño tenía entonces 20 años y había regresado a Chile “para hacer la revolución”. “Volví a pie y llegué a Santiago después de recorrer toda Latinoamérica. Managua parecía un paisaje de Mad Max; acababa de sufrir un terrible terremoto. Todo esto lo vi y me pasó mientras iba camino a Chile desde México, de modo que fue algo así como una preparación. En Guatemala me visitó la policía secreta dos veces. Ser chileno en el año 73, con Allende de presidente, era señal de cosa rara y sobre todo si en lugar de salir de Chile, ibas camino a Chile”. Cuando entró al país dice que lo sorprendió “ver lo blancos que son los chilenos”. “Las chilenas me parecieron guapísimas, no sé, creo que también era un aire que corría entonces por Santiago. Todo me pareció bonito y estimulante. Lo de antes del golpe militar fue un sueño preparatorio. Con el golpe empezó la realidad”.

Bolaño regresó a México y se dedicó todo lo que pudo a la poesía llegando a encabezar el grupo de los infrarrealistas. Más tarde llegaría a Barcelona: “No he visto nada como la Barcelona de los años 70. Llegué creyendo que lo había visto y hecho todo y no sabía nada de nada”, dice. Después de varios años en esa ciudad se decidió por Blanes, que quizás sea el mejor refugio para un escritor semiclandestino como él, alguien que poco se deja ver, distanciado de una profesión que respeta porque como él dice, “yo no sólo escribo; yo soy escritor”.

Al despedirse de él queda la impresión de haberlo visto muchas veces y en distin-

tos lados, como le ocurre a Enrique Vila-Matas, quien no hace mucho escribía a propósito de Bolaño: “Me parece haberle visto hablando conmigo. Cuando uno conversa con el escritor chileno de Blanes, un segundo puede a veces parecer un siglo en miniatura, pues tal es la intensidad que revisten algunas charlas con el autor de *Llamadas telefónicas*”. □

La opinión de los escritores y críticos chilenos

JORGE EDWARDS. “Los personajes de Roberto Bolaño son casi siempre poetas o aspirantes a poetas, novelistas, grafómanos de la especie más variada y en este aspecto es el más borgeano de nuestros narradores. Pero también se podría sostener que pertenece a la descendencia de Cervantes, el primero de los grandes novelistas reflejos, en quienes la novela y sus personajes son temas de la misma novela. Los chilenos, con nuestro escepticismo, con nuestro famoso sentido común, tendemos a desconfiar de estos ejercicios. Pues bien, Roberto Bolaño, chileno atípico para suerte suya, y nuestra, toca estos temas con notable eficacia, con humor ácido, con evidente habilidad narrativa. Sabe graduar los efectos, maneja el suspenso, y da la impresión, muchas veces, de que se divierte a costa del lector, dejándolo con su curiosidad insatisfecha. Es un narrador notablemente contemporáneo, pero sus textos narrativos, ¿a pesar de eso, por eso?, no son ajenos a la vieja tradición de la picaresca. Su obra es una de las revelaciones más interesantes y más sólidas de la literatura chilena de años recientes”.

JAVIER EDWARDS RENARD, EL MERCURIO. “Bolaño es uno de esos autores que uno conoce por casualidad y de adelante para atrás, despertando la curiosidad por lo anterior y sorprendiendo siempre. Roberto Bolaño es un narrador nato y desperdiciado, sin inútiles pacaterías ni calculados rupturismos; escribe tomando lo que encuentra en el camino: trozos de historia política, vidas marginales, crímenes, pasiones, el mundo del escritor, las simulaciones de la cultura (local y global), todos pretextos para armar tramas que se desarrollan en los escenarios más variados. Bolaño es chileno, y sus historias dejan testimonio de ello, pero también es un acomodado cosmopolita, emparentado con la última movida nueva narrativa hispana y el dejo intelectualizador de los más jóvenes escritores franceses”.

RODRIGO PINTO, REVISTA CARAS. La voz más original y poderosa de la narrativa chilena de las últimas dos décadas pertenece a un escritor joven, pero que lleva más de veinte años fuera de este país. A pesar de ello, el tono, la inflexión, los matices, el lenguaje, son de acá, aunque sus protagonistas sean españoles, mexicanos, estadounidenses o, también, chilenos. Todavía es lectura de iniciados, pero sus libros, magníficos y arrolladores, ya han traído su presencia a Chile y pueden acarrearle lo que merece: múltiples lectores, múltiples reseñas, en fin, la multiplicación de una voz nueva, clara y distinta que ya ha cambiado decisivamente el panorama literario de esta década”.

CAMILO MARKS, DIARIO LA ÉPOCA. “Roberto Bolaño es, muy lejos, el mejor de los escritores chilenos que publican afuera y basta leer un par de páginas de cualquiera de sus libros para darse cuenta: originalísimo, con una formación cultural profunda y extravagante se encuentra, además, dotado de una desenvoltura idiomática poco común y una prosa que enseguida establece complicidades con el lector. Si bien su carrera literaria comenzó en Madrid en 1984, se le está conociendo poco a poco en Chile gracias a dos colecciones de cuentos y una novela —*Estrella distante* (1997)— que se han difundido en nuestro medio”.